

## CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



## PRECIOS.

	Un mes. . . . .	8 rs.
	Tres. . . . .	23 »
En Madrid. . . .	Seis. . . . .	44 »
	Un año. . . . .	82 »
	Un mes. . . . .	10 »
En provincias. .	Tres. . . . .	27 »
	Seis. . . . .	52 »
	Un año. . . . .	100 »
Ultramar y extranjero. . . . .		8 ps. fs.

# LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,  
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,  
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN  
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## SUMARIO.

*Amor conyugal*, por D. Evaristo Fombona.—*En el album de la señorita Imilda Cullen*, poesía, por doña Isabel Poggi.—*La envidia*, por doña Faustina Saez de Melgar.—*El Génio de los ángeles*, por D. Ildelfonso Llorente Fernandez.—*El Sacrilego*, cuento (se continuará), por D. Julian Castellanos.—*Revista de teatros*, por D. Leandro A. Herrero.—*Explicacion del figurin*.—*Variedades*.

Pliego octavo del segundo tomo de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.

Pliego sétimo de *Leyendas Granadinas*, por doña Rogelia Leon.

## AMOR CONYUGAL.

Tenia hoy su turno la infancia. Padece nuestro espíritu, y bajo amargas impresiones no queremos hablar de la edad infantil; que nos inspira tanta indulgencia y tanto amor.

Los niños nos embelesan: los niños son nuestra pasión: los niños son la imagen pura de la verdad

inocente y encantadora. Otro día hablaremos de la infancia.

Aunque lo pretendamos con demasiado escrúpulo, no pueden sernos indiferentes los intereses sociales del país. Nos repugna la política bastarda que todo lo devora, y procuramos evitar todo roce con la política, y eso conociendo que la política es la fuente impura de nuestros males. Quizás pecamos de escrupulosos en tanto desvío. Tenemos en el país intereses morales que defender, y no renunciamos por temor á nadie el derecho de defender nuestros intereses morales.

Origina estas reflexiones y el disgusto con que escribimos, una bufonada que en forma de decreto, monomanía de decretar, circuló en un periódico serio de esta capital; bufonada injuriosa al matrimonio católico.

Si á fuerza de escarnecer todo principio de gobierno hoy no tenemos principio, y no puede ser más profunda nuestra desolacion, á fuerza de escarnecer el dogma, no perdamos el dogma porque no habria infierno igual á nuestro infierno. Si desnudamos de la aureola de santidad y de veneracion



la doctrina dogmática de nuestros mayores, único resto de tantas glorias perdidas en el piélago siempre agitado de nuestras discordias, ¿qué cuenta rendiremos á nuestros hijos del patrimonio de nuestros padres?

Como nada nos merece respeto, nos burlamos de las cosas más santas, y con planta irreverente penetramos en el santuario de nuestra salvación. No tenemos más que la familia, y quieren envenenarnos la familia, para dispersarnos la familia. Por amor á la familia condenamos á la execración pública los bufones y las bufonadas que pretenden matarla con el puñal del desprecio.

El mundo, el demonio, la carne, son tres números que tienen su templo, su sacerdocio y sus altares. Entra en nuestros designios conjurar esa nueva religión: barrer esos ídolos y confundir á esos ídólatras: glorificar la verdad al precio de nuestra vida, si tanto fuere necesario.

Por que haya matrimonios infernales, nada pierde de su santidad el matrimonio católico. Obra más perfecta de sabiduría, es superior á la inteligencia humana. El espíritu concupiscente no comprende esta verdad. Confesémoslo en alta voz, dice madama Stäel: «la facilidad del divorcio en las provincias protestantes de Alemania, amancilla la santidad del matrimonio.»

En el desorden de la familia, nosotros tenemos una grave culpa, y muy grave culpa; la falsa educación de la mujer. Para que el matrimonio sea lo que pretende la Iglesia católica, ha de tener las condiciones que apuntaremos oportunamente.

«Antes que te cases, mira lo que haces.»—No es desdolorosa la soltería de la mujer en ninguna edad. Y una mujer mal casada se desdora á sus ojos y á los ojos del público.

Trasciende á la sociedad el desorden doméstico; ni honra ni bienestar cabe en el desorden. «Antes que te cases, mira lo que haces,» decimos á la mujer, porque es asunto muy serio para la mujer.

En la serie de nuestros cuadros haremos ver que es injusta la preocupación contra las suegras. Nos parece difícil comprender que la madre de nuestra esposa, si es buena madre, no nos quiera á nosotros, si queremos á su hija. Aunque el refrán nos diga «que suegra ni de azúcar es buena,» nos parece injusta esa preocupación.

Entramos en el tema cardinal de nuestras reflexiones de hoy.

Nuestra edad frívola, y un tanto suelta, favorece poco la santidad de la familia. En nuestros modernos Lovelaces hay la opinión de que «la mujer no quiere á su marido,» y derivan de esta creencia todos los desórdenes del hogar. Y en esos desórdenes es nuestra la mayor culpa.

Es fácil una ligera galantería, desnuda de todo deber; es difícil una constante amabilidad, unida á las más serias obligaciones. Por eso son tan comunes los amantes, y tan singulares los buenos padres de familia; y por eso la mujer que loquea, se desencanta pronto de sus locuras y llora toda la vida sus locuras.

Cedemos la palabra á madama de Stäel: es mujer, es muy docta, puede hablar de la materia *ex cathedra*, y habla de la materia *ex cathedra*.

Habla madama de Stäel:

«Es un deber la ternura en el matrimonio: en cualquiera otra relación social puede bastar la virtud; pero en el matrimonio, en que están confundidos los destinos, en que al mismo impulso han de palpar dos corazones, es casi necesario un amor profundo. La frivolidad de nuestras costumbres lleva al matrimonio serios desagradados...

«La menor de nuestras acciones, de nuestras miradas, el menor de nuestros pensamientos, pueden hacernos felices ó desgraciados: la moral es el todo; de la moral se deriva nuestra felicidad conyugal.

«Un amigo de la misma edad, el esposo; un amigo junto al cual debe vivir y morir la mujer; un amigo, cuyo interés es el nuestro, cuyo porvenir es el nuestro; hé ahí el único sentimiento de nuestra vida... El matrimonio guarda siempre armonía con la existencia humana.

«¿Por qué vemos tan profanada esta santa asociación? No tendré reparo en decirlo: la desigualdad que nuestras costumbres introducen en los deberes de los esposos, es la causa de esa profanación.

«Si la vida de la mujer debe ser una perpétua consagración al amor de su marido, esta consagración pide por única recompensa la fidelidad del esposo.

«La Religión no establece diferencia en los deberes de los esposos: el mundo establece enorme diferencia; y de esta diferencia nace la astucia de la mujer y el enojo del hombre. ¿Qué amor ha de ser absoluto, sino en pago de absoluto amor? ¿Quién de buena fé acepta por la moneda del amor la moneda de la amistad? ¿Quién jura fidelidad al que jura ser infiel?



»Yo os querré con pasión dos ó tres años: después será razonable con vos: es decir, os desencantará la vida. Os mostraré frialdad y hasta fastidio; seré galante en la calle. Vos, que sois más sencilla y más tierna que yo, que no tenéis ni carrera ni distracción..... Vos, que no existís más que para mí, en tanto que yo existo para todo el mundo..... Vos debéis conformaros con mi afecto subalterno, helado, dividido..... el afecto que se me antoje dispensaros. ¡Y cuidado! desdeñad todo homenaje de rendimiento, todo testimonio de ternura.

»¡Qué pacto inicuo! Todos los sentimientos humanos se rebelan contra él. Hay un contraste singular entre las maneras respetuosas hacia la mujer, debidas al verdadero espíritu de galantería, y la tiránica libertad que se han arrogado los hombres. Este contraste produce las desgracias de la pasión legítima, el ilícito amor, la perfidia, el abandono, la desesperación.....

»Hay en un matrimonio desgraciado una intensidad de dolor que escende á toda intensidad de dolor.

»El alma de la mujer reposa en el amor de su marido. Luchar sola contra la desgracia, avanzar al sepulcro sin un amigo que os sostenga, sin un amigo que os eche de menos..... es un aislamiento de que son pálida imagen los desiertos de Arabia. Cuando habeis dado en vano las gracias de vuestra juventud; cuando no os prometeis al fin de vuestra vida un reflejo de vuestras pasadas glorias; cuando en nada se parece la aurora y el ocaso; cuando el ocaso se acerca pálido, siniestro como un espectro, lívido, precursor del sepulcro, vuestro corazón se rebela, y os parece que habeis sido privada de Dios en la tierra; y si amais todavía al que os trata como esclava, y que no os pertenece y dispone de vos, la conciencia misma se turba cansada de sufrir.

»La mujer puede dirigir al esposo que tan frívolamente se ocupa de su destino, estos dos versos:

*Oui, c'est jeu pour vous;  
Mais c'est la mort pour nous.*

«Si es un juego para vosotros, para nosotras es la muerte.»

»Mientras no haya en nuestras costumbres una revolución favorable al matrimonio para justicia de la mujer, habrá guerra entre los dos sexos; guerra secreta, astuta, perversa, perdurable, en cuya guerra naufraga el matrimonio.....

»Dios ha criado primero al hombre como á la

más noble de las criaturas; pero la más noble tiene más deberes. Abusa el hombre de la superioridad para romper los lazos más sagrados; y la verdadera superioridad consiste en la fuerza del alma; la fuerza del alma es la virtud.....

Hay señoras que sin reparo hacen esta confesión.....

«Es general la infidelidad del hombre,» pueden creerlo, las desdora confesarlo. Resignadas de esa manera á la humillación, canonizan la falta; diremos más, canonizan el crimen, y el crimen contra la mujer no debe ser canonizado nunca por la mujer.»

Confesamos en absoluto los principios de madama Stael, y, no obstante, no pretendemos morir en olor de santidad.

EVARISTO FOMBONA.

CARACAS.

## EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA IMELDA CULLEN.

¿Por qué del gozo la estrella  
Pura y bella,  
Que alumbra nuestro existir,  
Se aleja, y opaca nube  
Ráuda sube  
Sus fulgores á cubrir?  
¿Por qué de la paz la brisa,  
Que sumisa  
Nos halaga con amor,  
Se transforma en un momento  
En violento  
Fiero huracán de dolor?  
¿Por qué las flores lozanas  
Y galanas  
De la ilusión virginal  
Pierden sus bellos encantos  
De los llantos  
En el inmenso raudal?  
¿Por qué muere la ventura  
Santa y pura,  
Que da vida al corazón,  
Y en pos de nuestra alegría  
La agonía  
Surge, y la triste aflicción?  
¿Misterios son, cuyo arcano  
El humano  
No ha llegado á sondear;



Aunque saber anhelamos  
 ¡Por qué hallamos  
 Tras de la dicha el pesar!  
 ¡Cuántas veces dulcemente  
 Nuestra frente,  
 Dicha reflejando y paz,  
 Ornada de blancas rosas,  
 Aromosas,  
 Que besa el aura fugaz,  
 Se eleva feliz al cielo  
 Con anhelo,  
 Cual si fuese á traducir  
 De los astros fulgurantes,  
 Titilantes  
 Lo que guarda el porvenir!  
 Y en las nubes de alabastros,  
 ¡Y en los astros  
 De diamantino fulgor  
 Ver creemos candorosos  
 Los hermosos  
 Génios de dicha y amor!  
 Y ángeles que amantes velan,  
 Y revuelan  
 En torno de nuestra sien,  
 Cubriéndonos con sus alas,  
 Y las galas  
 Mostrándonos del edén.  
 Y vemos volar las horas  
 Seductoras,  
 Como mágica vision;  
 ¡Y el alma feliz se mece  
 Y adormece  
 En su risueña ilusion!  
 Más ¡ay! de pronto ese sueño  
 Halagüeño  
 Miramos desaparecer;  
 ¡Y al volar nuestra quimera,  
 Alza fiera  
 Su cabeza el padecer!  
 Que en este mundo mezquino  
 De continuo  
 Se mezcla el gozo al pesar,  
 Y de ese misterio en vano  
 El arcano  
 Anhelamos sondear.  
 Dejemos, pues, que la vida  
 De corrida  
 Cruce este erial de afliccion;  
 Y busca, Imelda, en el cielo,

Con anhelo,  
 La dicha del corazon.

ISABEL POGGI.

## LA ENVIDIA.

No hay cosa en el mundo que dé una idea más pobre de la criatura que la envidia. La que se siente dominada por esta mala cualidad, reúne en sí pocas dotes que la hagan apreciable, y es continuamente objeto del desdén y del menosprecio de las personas sensatas. Sin embargo, á mi ver, solo merece compasion. Una vez arraigada en el alma la ruin envidia, no deja al individuo paz ni sosiego, ofreciéndole á cada paso motivos de disgusto. En la mujer, por desgracia, á causa sin duda de su misma debilidad, está mas desarrollada esta mala semilla, sin dejar por eso de abundar en el sexo barbudo, en quien es mil veces mas vituperable y de peores consecuencias. Si quereis conocer al envidioso, os presentaré un tipo. Figuraos una persona de mirada viva y recelosa, de continente áspero y desabrido, de formas salientes y angulosas, que antes de dirigir los ojos á vuestro rostro ha examinado con una rápida mirada todas las particularidades de vuestro traje, y teneis delante la envidia. Observadla; si recae la conversacion en ciencias, artes ó literatura, de todo aparenta entender, juzgándose á sí propia sin la menor modestia, y creyéndose una notabilidad, porque el amor propio y la presuncion son sinónimos de la envidia. Ó al menos estas cualidades distinguen á la persona que me sirve de modelo. Hablad en su presencia de personas que se hayan distinguido en cualquier género, si están reconocidas como grandes talentos y el envidioso no puede atacarles de frente, siempre halla medio para zaherir su reputacion, para ridiculizar algunos actos de su vida priyada, que casi siempre son invenciones suyas, pues los envidiosos son asaz calumniadores y mal intencionados. Si se hallan en un círculo donde no haya quien pueda apreciar el talento de aquellas notabilidades, se ensañan á su sabor hiriéndolas en sus costumbres, en sus obras, en su talento, en su fisico, y en todo cuanto los concierne. ¿Sabeis por qué? porque están demasiado elevadas, y no pudiendo llegar á su altura, se complacen en criticarlas, creyendo sin duda que sus malévolos tiros las harán caer del pedestal en



que sus méritos las han colocado. Empero se engañan lastimosamente: cuando más se quiere abatir á una persona noble y grande, más se eleva, y aunque su modestia la oculte, siempre se la descubre más grande; más digna que esas almas ruines y miserables. Si quereis ver al envidioso agitarse mordiéndose los labios de coraje, enalteced á otro en su presencia. Si no os hace él contra, será por que no pueda, por temor de salir vencido; pero tampoco os apoyará. Jamás le escuchareis elogiar una obra buena, ni ser indulgente con una mala. La indulgencia y la bondad no caben en unos corazones tan pequeños. Su tema es criticarlo todo, bueno ó malo; lo primero porque no pueden imitarlo, y lo segundo por mezquindad de alma. No obstante, tienen algunos amigos, los buscan con afán, y se introducen en todas partes sin la menor delicadeza; si les faltan, como no conocen la dignidad, no se resienten; y aunque vean desprecios muy directos, á cambio de tener relaciones de importancia los pasan por alto. Así suelen ser sus amistades numerosas por lo general, pero nunca les rodean amigos verdaderos, francos, desinteresados, de esos que poseen un alma tan noble, tan generosa, que se conocen á primera vista en sus maneras desembarazadas, dignas; en su imparcialidad, y en su conversacion siempre ajena á pequeñeces y críticas de que son tan aficionados los envidiosos. Estos pobres seres, solo se ocupan de puerilidades, de adornos de trajes, de sobresalir más que otros, y no tienen la felicidad de poseer la confianza de uno de esos buenos amigos. ¡Infelices! Su vida es un tejido de disgustos, de malestar, de desconfianza y de tedio. Su corazon se ve agitado continuamente por la ambicion, no esa ambicion noble, esa digna emulacion de distinguirse, sino de la sórdida avaricia, del interés calculador y egoista; todos los malos defectos los reúne en sí; siendo los más vituperables la falsedad y la hipocresia que poseen en alto grado, dejándose dominar por la vanidad más ridícula y exagerada.

Hay envidiosos que tienen talento; pero un talento frívolo, superficial, y que desarrollado con mucha lectura les hace producir creaciones bastante notables y ostentar en su conversacion una amenidad que interesa y agrada. Estos ocultan sagazmente su defecto, pero al cabo de algun tiempo un observador lo descubre, ó se descubren á sí mismos, haciendo una ruindad de mal género que no pueden reprimir en un arrebató de cólerica envidia, de-

mostrando en toda su desnudez la pobreza de su alma. Lástima es que reuniendo por su penetracion y perspicaz ingenio buenas cualidades, las desluzcan abrigando en su pecho esa odiosa pasion, que nunca acompaña al verdadero génio, que el talento verdaderamente grande y elevado no conoce. Siempre al génio va unida la grandeza de alma, los sentimientos nobles, dignos, y jamás descienden á las puerilidades de la vida, á las miserables intrigas que envuelven al envidioso. La indulgencia y la bondad se reflejan en todos sus actos, y sus nombres pasan á la posteridad bendecidos y respetados, sin que la maligna sátira baya empañado su brillo. No así los envidiosos, que sus creaciones llevan el sello de su ruindad, aunque tengan una época favorable, llegan á hundirse, arrastrando consigo el desdén y la compasion de las personas sensatas y el desprecio de la generalidad.

Nunca pueden poseer el aprecio de sus parientes ni amigos. Sus malas propiedades no les permiten ser buenos hijos, buenos padres, buenos esposos, ni buenos amigos; juzgan por su corazon el ajeno, desconfiando de todo el mundo, hasta de las personas que les són más queridas. ¡Cuánto deben sufrir! Un alma sin expansion, sin esa dulcísima confianza de la amistad, sin el tierno afecto de la familia, sin creencias, sin ilusiones y entregada constantemente á codiciar lo ajeno, es un abismo, un caos de perpétua desventura y de negros sufrimientos. ¡Compadezcamos su triste vida! He querido presentar uno de esos caracteres que tanto abundan en el mundo, pero no los vitupero; bastante castigo tienen en su propio corazon. Y estoy segura que no dejarán pasar mis pobres líneas sin saludarlas con la sátira más picante. Figúrome ver su desdenoso gesto, al arrojar el papel sobre un velador, y arrellanándose en una butaca con aire de importancia, mirando antes en un espejo su cínica fisonomía, esclamar: ¡Qué cosa más mala!

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## EL GÉNIO Y LOS ÁNGELES.

FANTASÍA EN EL ALBUM DE LA POETISA ISABEL POGGI.

### I.

En las etéreas alturas  
Génio férvido surgió.  
Maravilla de hermosuras,



¿Del mortal para venturas  
 Quién le creó...?  
 El génio galas—acrece, y sube:  
 Lleva por alas—fúlgida nube:  
 «¡Gloria!» es su voz:  
 Brotan fecundos—en su camino  
 Mundos y mundos,—y en remolino  
 Sigue veloz.  
 Pone en las horas—su aliento vida:  
 Regala auroras—de luz querida  
 Con su mirar:  
 Nacen las flores—sobre su huella  
 Y vierte amores—su mano bella  
 Sobre el pensar.  
 Y van sus vuelos sin cesar tendidos  
 De inmensidad en el fulgente espacio,  
 Viendo los soles á sus piés prendidos,  
 Cual magníficas orlas de topacio.  
 ¿Dónde llegó...? ¡Cantemos bendiciones  
 Del génio al proclamar la maravilla,  
 Que del Eterno en lúcidas mansiones  
 La gloria ve, do el pensamiento brilla!

## II.

Vió Dios al génio; y en su alcázar de oro  
 De refulgentes, nitidos querúbes  
 Quiso crear innumerable coro,  
 Que de flores y aromas entre nubes  
 «¡SANTO!» le dicen en cantar sonoro.  
 Séres que puros, por los cielos vagan  
 Y de su Dios ante las plantas bellas  
 En soles fijan rutilantes huellas,  
 Que al corazón halagan,  
 Y de su luz al despedir centellas  
 De ventura y amor nos embriagan.  
 ¡Ah! en la mansion bendita  
 Que orna, sirviendo de eternal techumbre,  
 Bóveda de zafir bella, infinita,  
 De gualda y oro con su régia lumbré,  
 Tierna, incansable multitud se agita  
 De espíritus amantes,  
 Purísimos, radiantes,  
 Que fuego emiten de sus limpios ojos  
 Y que adoran á Dios todos instantes,  
 Ofreciéndole el sér puestos de hinojos.  
 Séres que tienden sus tranquilas alas  
 Allá en la inmensidad: arrobadores  
 Con raudales de luz y de armonía:  
 Al talle ceñidores

De nácar y preciosa argenteria:  
 Deslumbradoras galas:  
 Riquísimos primores:  
 Vestiduras espléndidas flotantes:  
 Aureolas de placeres relumbrantes.  
 Puros y bellos, cual la luz preciada,  
 En éxtasis de paz fascinadores,  
 Fé y amor llevan en su frente orlada:  
 Fé sus alientos sin cesar respiran:  
 Fé brota en su mirada:  
 Fé y amor de los pliegues de su manto;  
 Y el vuelo vagoroso con que giran,  
 Fé esparce en torno y delicioso encanto.

## III.

Cantando bendiciones  
 De luz en las regiones,  
 Al génio los espíritus  
 Sonrien, al pasar;  
 Y el cántico sonoro  
 Del rutilante coro  
 Los ecos del Empíreo  
 Repiten sin cesar.  
 «¡Luz que en los astros eterna brilla,  
 De la existencia plácido edén:  
 Den tus fulgores por maravilla  
 Glorias al génio, guía del bien!  
 »De los espacios inmensa cumbre,  
 Trono sublime del Creador:  
 ¡Rápida infunda tu santa lumbré  
 Glorias al génio de fé y amor!  
 »Rueden los mundos bajo su planta  
 De inspiraciones para escabel,  
 Y el son escuche, que en torno canta:  
 ¡Glorias al génio, que surge fiel!  
 »De las montañas sobre la cima  
 Cuando las nubes mire rodar,  
 De Dios la idea si le sublima,  
 ¡Glorias al génio vea elevar!  
 »El valle ameno mágicas flores  
 Cuando galanas mire cubrir,  
 De las virtudes en los primores  
 ¡Glorias al génio sienta latir!  
 »Si roncadas olas del mar bravío  
 Vértice infando ve remover,  
 De Dios en ellas el poderío  
 ¡Glorias al génio mire poner!  
 »De los torrentes vea en la espuma  
 De la existencia triste el rumor,



Y hallen sus llantos entre la bruma

¡Glorias al *génio* consolador!

»En los murmurios del arroyuelo  
Del alma vea la dulce paz,

Y hallen sus cantos de suave anhelo

¡Glorias al *génio* de la bondad!

»En los gorgoros del avecilla  
Misterios vea de calma y luz,  
Que en melodía cantan sencilla

¡Glorias al *génio* de la virtud!

»¡Glorias al *génio*....!—De la arboleda

Rumores, áuras y soledad;

Si por la vida brillando rueda,

¡Glorias al *génio* siempre cantad!

»Rueden los mundos bajo su planta  
De inspiraciones para escabel.

¡Gloria á la vida, que él abrillanta!

¡Glorias al *génio*! ¡gloria á Isabel....!»

Y el coro de querúbes

Sobre doradas nubes

Así continuo el cántico

Repite sin cesar.

¡Bendita la que inspira

La misteriosa lira

De los celestes númenes,

Su *génio* al levantar!

ILDEFONSO LLORENTE FERNANDEZ.

Enero de 1864.

## EL SACRÍLEGO.

CUENTO DEL SIGLO XVI.

ESCRITO POR JULIAN CASTELLANOS.

(Continuacion.)

—Yo salí á flor de agua asido á una tabla, y durante toda la noche vagué á merced del proceloso piélago sin esperanzas de salvacion.

Pues bien; en aquel instante supremo, cuando el rayo serpeaba sobre mi cabeza y los abismos insondables del Océano hervían bajo mis plantas, alcé los ojos al cielo, y ofrecí, si salía con bien de tan terrible trance, dar toda mi fortuna á los pobres.

La Providencia oyó mi ferviente plegaria; el alba lució disipando la tempestad, y un buque mercante acogióme en su seno exánime, moribundo.

Consecuente con lo que prometí, regresé á España, así que estuve en disposición de hacerlo, deseando poner en práctica mi oferta, y corrí á Toledo, ciudad en donde se meció mi cuna.

Algun tiempo hace que aquí vivo, pero no conociendo las necesidades tan bien como vos, á quien he visto derramar, con una caridad evangélica, el consuelo á los afligidos, fijé en vos mis ojos, con objeto de rogaros seais el conducto por donde los que gimen en la miseria, reciban la parte que les corresponde de la promesa que hice.

Así, pues, noble señora, admitid benévola mi encargo, y puesto que nadie, con más tino que vos, puede llenarle, empezad desde hoy á socorrer á esos infelices llenos de privacion: y el de Silva, terminando así su súplica, alargó un bolsillo lleno de piezas de oro á la codiciosa dueña.

Un estremecimiento de placer agitó todos los miembros de Berta al estrechar aquel pesado depósito, y dando las gracias con compungido acento, y ofreciendo cumplir fielmente el encargo que se le hacía, abandonó la iglesia, formando mil castillos en el aire.

Don Diego la vió pasar junto á los pobres que estaban en el átrio, sin cuidarse de ellos, y no pudo menos de exclamar, para sí, con una burlona sonrisa.

—¡Ya tragaste el anzuelo, vieja arpía!

V.

Dádivas quebrantan peñas, dice uno de nuestros refranes populares, esa especie de evangelios que corren de boca en boca.

Berta, la arisca, la regañona, la terrible dueña á cuyo cargo estaba doña Luz, había suavizado su carácter de tal modo, que sería imposible conocerla.

Los escudos de oro de D. Diego, habían operado la trasformacion; la metamorfosis, que convirtiera en un manso corderillo, á aquella especie de arpía de manto y saya.

Berta se hizo blanda como la cera á la menor insinuacion del de Silva, porque sabía que del servicio á la recompensa, mediaba escasísimo trecho; así que D. Diego tuvo en ella el más fiel conductor de sus pretensiones amorosas: y doña Luz, que no oía en boca de su dueña sino alabanzas para su nuevo pretendiente, arrastrada por aquellos consejos, accedió por fin á escuchar al mancebo, enamorándose perdidamente ante su gallarda figura y galantes y ardorosas frases.

Doña Luz, que nunca había amado, que no había hecho mas que obedecer el mandato de su padre,



cuando la presentó como á su esposo futuro, al sobriño del inquisidor, sintió alzarse en su alma un sentimiento nuevo, un afán desconocido, al oír la ardiente declaración del de Silva; y, entusiasmada, ciega, abrió su corazón virgen al soplo del amor, como los lirios del valle abren su cerrado cáliz al soplo blando de las auras de la mañana.

Los días corrieron, y la pasión que supo inspirar D. Diego en aquella alma inocente, pura, crecía por instantes de un modo gigante.

La pequeña chispa, habíase convertido en devorador volcán.

Entonces D. Diego creyó llegado el momento oportuno de coronar su obra, y prestando que el Rey le ordenaba partir á la guerra, solicitó de doña Luz que le concediese en su jardín una entrevista para despedirse.

La enamorada doncella resistió cuanto pudo, como ya sabemos, la pretensión del galán, pero los consejos de su dueña y la fuerza de su pasión la vencieron, y ya vimos, en el principio de nuestro cuento, cómo D. Diego, dueño de la llave del postigo, apartábase de la reja donde le hablara Berta, dispuesto á ganar la partida á sus amigos, sacrificando para ello la honra inmaculada de aquella mujer que le quería con toda su alma.

Veamos, pues, el resultado de aquella trama infame, urdida con tan repugnante cinismo.

D. Diego, doblando la esquina, silbó de una manera tenue y prolongada, y antes de que se hubiese estinguido su eco, se le aproximaron Paredes, Alarcon y otro de los caballeros que asistieron á la apuesta.

—Perdeis, amigos míos, perdeis: dentro de pocos instantes doña Luz me habrá pertenecido: ved aquí la llave de su jardín; seguidme, y ocultos en la sombra sereis testigos de la verdad que encierran mis palabras.

D. Diego tiró delante, y los demás le siguieron, hasta que, escondidos en lugar oportuno, Silva dirigióse solo, lleno de impaciente gozo, á la entrada del jardín.

Parece imposible que tanta maldad, que tan refinada perfidia se encerrase en el corazón de un hombre de esclarecida alcurnia y de un valor probado.

Robó la honra á una mujer, empleando para ello la astucia y el dolo: jugar de la manera más cínica con la más santa de las pasiones, es un crimen

de tal naturaleza que parecía imposible existiesen hombres capaces de cometerle, si por desgracia, no encontráramos á cada paso en nuestra sociedad muchos de ellos.

Pero dejémonos de digresiones y sigamos al de Silva, que, soñando un cielo de dichas, avanzaba, poseído de un gozo infernal, hacia la puerta del jardín.

La llave crujió dentro de la cerradura, y D. Diego disponíase á penetrar, cuando el severo anciano D. Lope Albornoz apareció en el umbral, y poniendo la punta de su espada en el pecho del atrevido mancebo, le dijo:

—¡Atrás! miserable seductor, ladrón de honras, ¡atrás! D. Diego sorprendido retrocedió un paso, sin poderse dar cuenta de tan extraño incidente.

Entonces llegaron á sus oídos las burlonas carcajadas de sus amigos, que ocultos en la sombra presenciaban la escena.

El eco de aquellas risas alzó en su alma un mundo de cólera, y resuelto á conseguir su intento á costa de todo, replicó, cruzando su acero con el del anciano:

—Nunca retrocedió D. Diego de Silva: franquead el paso, ó salto por cima de vos.

Los tajos y las estocadas cambiáronse con una rapidez terrible.

D. Diego era joven, vigoroso y excelente esgrimidor, pero el padre de doña Luz, al abrigo de la puerta, resistía sus acometidas con un brio propio de su avanzada edad.

En lo más vivo de la riña, una ronda apareció en la entrada de la calle.

¡La ronda! ¡la ronda! exclamaron los amigos de D. Diego emprendiendo la fuga; él trató de imitarlos, pero D. Lope al conocer su intento le acometió con nuevo brio, resuelto á detenerle, para lo cual avanzó hasta en medio del arroyo: entonces el mancebo, aprovechando su superioridad, abrumó á su contrario, logrando cruzarle el pecho de una estocada.

El noble anciano caía moribundo, arrojando un grito de muerte, al mismo tiempo que los alguaciles, espada en mano, cercaban á D. Diego, gritando: «¡En nombre del Rey daos á prisión!»

Pero Silva no era hombre á quien imponían mucho las rondas; hubiera deseado no tener que medirse con ellas, por aquel refrán que dice, que por más arrojado que sea uno, siempre le gusta estar



fuera de peligro; pero tenía también la costumbre de haber apaleado muchas veces á los golillas, así que sin la menor vacilación les acometió resuelto á abrirse paso.

Á su primera embestida, un corchete rodó por tierra, y á vuelta de cambiar algunas estocadas y cintarazos, D. Diego pudo emprender la fuga, seguido de cerca por aquella trailla de lebreles, que corrían, gritando como energúmenos: «¡favor al Rey! ¡favor al Rey!»

Existe un capítulo en las antiguas ordenanzas municipales de Toledo, el cual ordena que *cuando la justicia hubiese menester ayuda, así de noche como de día*, todos los vecinos estén obligados á dársela, bajo penas severas á los que no lo hiciesen; de modo que á las voces de la ronda, multitud de ciudadanos acudían, y D. Diego miraba engrosar por instantes la turba de sus perseguidores.

Pensar no caer preso siguiendo cruzando calles, era un absurdo, pues ya se habían destacado grupos en distintas direcciones, y de un momento á otro el fugitivo se iba á ver cercado y cogido.

Así lo comprendió, y con un arranque propio de su carácter de hierro, concibió un pensamiento tan audaz como peligroso: siguió su fuga hacia el puente de San Martín, y llegando á un grupo de rocas que inclinan sus vetustas cabezas sobre el espumoso cauce del Tajo, se precipitó á las olas.

Un grito de espanto se escapó de todos los labios al verle arrojarle desde tan inmensa altura.

¡Dios le haya perdonado! murmuraron algunos.

Al siguiente día, en la orilla del río aparecieron el tabardo rojo y el birrete de terciopelo de D. Diego, quien, según opinión general, encontró su tumba entre las revueltas ondas del Tajo.

#### Fortuna contra fortuna.

#### VI.

Era el oscurecer del 28 de Agosto de 1537, y nos encontramos en San Quintín, ciudad francesa tomada al asalto el día anterior por el ejército del monarca castellano D. Felipe II, á pesar de la heroica resistencia hecha por el almirante Coligny, que la defendía á nombre de Enrique II de Francia.

La plaza, entrada á sangre y fuego, presentaba un aspecto terrible; sus calles veíanse interceptadas por multitud de cadáveres; sus templos encontrábanse llenos de niños y mujeres, que buscando allí

un abrigo al desenfreno de la soldadesca, imploraban la piedad del vencedor; y el caserío ardía consumiéndose en una gran hoguera, á pesar de los esfuerzos que hacía por extinguirla el rey Felipe, que verificó su entrada en aquel mismo día.

Multitud de grupos de soldados españoles, ingleses, tudescos y alemanes, de los que formaban el ejército vencedor, bebían en la calle, mezclando sus carcajadas y juramentos, en abigarrada y estridente confusión.

En el ancho zaguán de una casa, en donde un flamenco rollizo y coloradote había improvisado una especie de hostería, librábase una partida de dados, importante sin duda, según el ancho círculo de curiosos que cercaba á los jugadores.

Erán estos, un tudesco de largos y espesos bigotes rubios, cuello de toro y estatura gigantesca, y un caballero español, de gentil apostura y negra y revuelta barba, á quien las anchas alas de su sombrero no permitían ver el rostro.

Sobre el tablero en que jugaban veíanse formando montones multitud de brazaletes, zarcillos y diversas clases de alhajas, mezclados en revuelta confusión con todo género de monedas, clara y evidente señal de que aquellas riquezas eran el fruto de parte del saqueo que sufriera la ciudad.

Así era lo cierto: donde hay soldados hay juego; y aquellos dos hombres protegidos por su buena estrella, después de haberse hecho dueños de lo que tenían todos los jugadores, pusieron de frente á arriesgar fortuna contra fortuna.

Era un combate á muerte, librado de potencia á potencia.

La suerte mostrábase rostrituerta con el tudesco, á quien oíase prorumpir en terribles maldiciones á cada jugada que perdía, en tanto que su contrario, frío é impassible como una estatua, recogía ó pagaba con una indiferencia glacial.

—¡Por mi patron! que me desplumais á vuestro gusto, amigo mio, exclamó el tudesco, que acababa de perder, recogiendo cuantas monedas quedaban á su lado, dispuesto á arriesgarlas todas á una sola jugada.

—Veamos, veamos; todo cuanto me queda á una sola puesta. ¿Quereis?

—Sea, contestó el español con su imperturbable sangre fría.

El tudesco agitó los dados y los arrojó con fuerza sobre el tablero.



El cinco, exclamaron los circunstantes.

Su contrario jugó: siete, volvieron á repetir.

—Perdí, replicó con despechado tono el tudesco alzándose del asiento; y soltando un torbellino de horribles maldiciones, abandonó la hostería.

Su contrario, conservando siempre su calma habitual, guardó sus ganancias, y llamando al hostelero le dijo, arrojándole un puñado de monedas:

—Toma; obsequia en mi nombre á cuantos pisen esta noche tu casa.

Y sin cuidarse de ver el efecto que en aquella turba de curiosos produjo su generosidad, salió á su vez, aventurándose por una calle oscura y desierta.

No habia avanzado cien pasos por ella, cuando vióse detenido por un hombre, en quien reconoció pronto al tudesco que acababa de desplumar, el cual con sarcástico acento le dijo:

—No os vayais tan de prisa, amigo mio: me habeis vencido en el juego, pero yo tengo muy dura la cabeza para conformarme con el papel de víctima; así que, ya que la fortuna se me mostró tan adversa con los dados, he salido á vuestro encuentro con objeto de proponeros una partida de estocadas, seguro de tomar de este modo la rebancha.

—Haceis mal en querer jugar más esta noche, replicóle el detenido con cachaza; estais de muy mala suerte, y creedme, vais á volver á perder.

—Veámoslo, replicó colérico desnudando su espada.

—Como querais; contestó el caballero echando al aire la suya.

Pero conste que seguro de ganáros no juego por mi gusto, sino porque vuestra obcecación me obliga á ello.

Y acabando así de hablar se colocó en guardia.

El combate empezó; pero apenas se habian cambiado los primeros golpes, cuando el caballero vióse acometido por dos hombres más, que saliendo de las sombras pusieron al lado de su contrario.

—¡Hola! ¡hola! señor jugador de mala fé, teniais quien os guardase las espaldas; pero nada me arredra, acostumbrado estoy á ganar partidas más desesperadas que estas.

Y diciendo así, redobló su ardor y sus acometidas, logrando tener á raya á sus adversarios.

Intrepido y sereno era el caballero, pero el número de sus contrarios le empezaba á abrumar, y á pesar de su rara destreza en esgrimir ibanle ga-

nando terreno, si bien es cierto que le disputaban palmo á palmo.

En esta situación, recibió una ayuda inesperada; un nuevo combatiente púsose á su lado, espada en mano, diciendo:

—¡Atrás, cobardes! ¡atrás! D. Luis de Paredes no consiente nunca que se asesine inicualemente á un caballero.

Y cerrando con el que tenia más próximo le alcanzó con una estocada baja haciéndole rodar por tierra.

Al ver este accidente, los acometedores huyeron, y el acometido volvióse hácia el que tan noble ayuda le prestara, exclamando:

—Gracias, amigo D. Luis, me habeis salvado.

—¡Silva! replicó con un acento lleno de sorpresa el recién venido arrojándose á sus brazos:

—Así, así, apretad, que ya hace tiempo que no hemos tenido el gusto de vernos juntos.

—¡Qué aventura mas rara! En Toledo, abrigá-bamos todos la creencia de que habíais perecido ahogado.

Vuestra capa y vuestro birrete halláronse en la margen del Tajo, y....

—Sí, los abandoné yo á propósito, despues de cruzar á pado el rio, con objeto de hacer perder la pista á los sabuesos que me seguian, y evitar de ese modo su persecucion.

Despues ocultéme en Madrid, y no creyéndome seguro pasé á esta tierra, en donde con supuesto nombre me agregué á uno de los tercios del ejército de nuestro rey.

(Se continuará.)

## REVISTA DE TEATROS

### ALBUM DE LA VIOLETA.

El Cólera.—Estrenos en el Coliseo del Príncipe, en el Circo y en Jovellanos.—La señorita Civilí.—Apertura del Coliseo de Oriente.

Aunque el estado sanitario de la población no es el más á propósito para que los teatros prosperen, mantienen abiertas sus puertas, por más que en la escasa concurrencia que á ellos asiste se refleje, como es natural, la tristeza que abruma á la población.

Escribimos estas líneas bajo la impresion dolorosa del terrible espectáculo que la capital presenta con motivo de la aparición del cólera, cuyos espan-



tosos estragos se han dejado sentir con fiereza indescriptible estos últimos días, ocasionando la muerte de muchas personas ilustres, y llenando de luto y de desolacion á cien familias que lloran con amargo desconsuelo la pérdida de objetos idolatrados. En estos momentos de angustia y de terror, apenas hay espacio para discurrir sobre otro asunto, y embargada el alma por la emocion y por la tristeza, no puede menos de gravitar incesantemente hácia el peligro que á todos nos amenaza, entregándose á todo género de fúnebres consideraciones.

Momentos son de gravedad solemne, y al mismo tiempo momentos de prueba para los grandes y esforzados corazones, pues así como el oro aumenta de valor por la purificacion del fuego, así aumenta el suyo cuando le vierte en el crisol de la caridad, que es el elemento de las purificaciones humanas.

En estas criticas circunstancias es cuando se debe abrir un paréntesis en el curso de nuestra vida turbulenta, cuando las pasiones deben enmudecer, cuando los resentimientos deben perder su criminoso carácter, y cuando deben morir en el fondo de nuestro corazon los gérmenes de los malos instintos.

A la vista de un espectáculo tan desolador detiene la sangre su curso en las artérias, apágase el frenal del pensamiento, se paraliza el furioso torbellino de las ideas, y del fondo lóbrego de las conciencias brotan á raudales los perfumes de un sentimiento superior y santo, especie de emanacion divina que conforta y refresca al abrasado espíritu, que le engrandece, que le restaura; verdadero manantial de luz y de hermosura, que presta vida y lozanía á las flores más preciadas del corazon humano. Tal es la caridad.

En ningunos momentos como en los presentes hallan los pueblos ocasion más propicia de demostrar sus sentimientos humanitarios, la grandeza de su civilizacion, y al mismo tiempo sus virtudes cristianas, traduciéndolas en hechos prácticos por medio de la filantropía y de la caridad, asistiendo á los enfermos, visitando los asilos de beneficencia, deramando un rayo de luz y de consuelo en los tugurios de la pobreza, en los palacios, en todos los lugares donde la humanidad sufra quebrantos y tribulaciones.

A esta noble empresa deben cooperar todas las almas buenas y generosas, y unimos desde luego nuestra voz á la de todos nuestros compañeros de la prensa, escitando el celo, la piedad y los sentimien-

tos de nuestros amigos para que unan sus esfuerzos á los de todos los que los consagran á tan alta y laudable tarea, sin proponerse más recompensa que la de hallar el placer de enjugar las lágrimas de los que lloran, y ofrecer á Dios un gran sacrificio.

Aunque no es la ocasion la más oportuna, diremos dos palabras sobre los teatros.

Hasta la hora presente, sea por efecto del estado afflictivo de la poblacion, ó porque en realidad carezcan de obras de condiciones, nada nuevo han puesto en escena. El Principe abrió sus puertas con la representacion de *El Alcalde de Zalamea*, obra magistral de Calderon de la Barca, interpretada felicísimamente por Valero y Romea.

El arreglo de esta obra hecho por el Sr. Ayala nos ha parecido concienzudo y discreto; y aunque, como forzosamente tenia que suceder, ha perdido algunas bellezas del original, es un trabajo sumamente apreciable, que revela la maestría y habilidad del señor Ayala, sus vastos conocimientos del teatro, y las grandes facultades de autor, que le han alcanzado una reputacion merecidísima.

En este mismo coliseo se ha estrenado una comedia en un acto, nominada *La mujer de Ulises*, original del Sr. Blasco. El público la recibió con benevolencia por la facilidad con que está dialogada, y por la abundancia de chistes que contiene, si bien encontramos algunos sobrado transparentes. Defecto es este de que debe corregirse un escritor tan apreciable como el Sr. Blasco, persuadido de que no le puede conducir mas que á peligrosas caidas, y á un retroceso lamentable en su educacion artistica, pues confiar simplemente á este vulgarísimo recurso el éxito de una produccion del ingenio, es tanto como anularse por completo y no llegar nunca á crear nada de provecho. Como este autor viene acreditando laboriosidad y amor al teatro, nos permitimos hacerle esta advertencia por si la juzga acertada y prudente, y por si puede influir en sus buenas resoluciones, que deseamos alcancen éxito merecido.

En el Circo se inauguró la temporada con la representacion de *El desden con el desden*, comedia del inmortal Moreto, tan abundante en bellezas, que no tenemos palabras bastantes para encarecerlas. La ejecucion de esta obra colosal no nos satisfizo. Todos los actores, á escepcion de Matilde Diez, y en algunos momentos los Catalina, estuvieron débiles. Por lo demás, hallamos plausible la idea de haber inaugurado sus tareas con una obra del teatro antiguo.



La comedia arreglada del francés que se estrenó días pasados en aquel coliseo con el título de *Un cuerdo loco* no consiguió agradarnos. Su argumento es tan sutil, que casi no le tiene: los caracteres están mal delineados, y hay entre ellos algunos que se anulan por completo. El arreglo, en suma, no está hecho con discernimiento, si bien el original se presta para sacar de él partido. Esperamos que la empresa de aquel coliseo tendrá más fortuna en la elección de otras obras.

El teatro de Jovellanos ha estrenado con éxito dudoso varias zarzuelas, arregladas las unas del francés y originales las otras. De tan escaso mérito son estas producciones, que nos creemos dispensados de hablar de ellas. Su muerte coincidió casi con su nacimiento, y por lo mismo no queremos remover las cenizas de su tumba.

En Variedades se inauguró la temporada con la comedia del gran Lope, nominado *Lo cierto por lo dudoso*. Grandes son los esfuerzos que hace la señorita Civilí por acarrear la estimación del público, y no hallamos palabras bastantes para encomiarlos: desgraciadamente el personal de la compañía que la auxilia en sus tareas no corresponde á la talla de esta actriz, á quien nos permitimos recomendar mucha fé y mucha perseverancia para llegar á alcanzar la gloria que la está reservada en nuestra escena.

Al mismo tiempo sería de desear que por ahora, y mientras se acaba de perfeccionar en el conocimiento del idioma castellano, no representara comedias del Teatro Antiguo, en que el discreto y la redundancia de la elocución suplen con frecuencia los efectos dramáticos.

Por lo demás la tributamos mil plácemes por sus adelantos en el arte español, y no vacilamos en profetizarla que si sigue trabajando con la misma fé que hasta aquí, llegará á ser la reina de nuestras actrices, y alcanzará en nuestra patria un gran porvenir.

La estension que hemos dado á estas líneas nos impide por hoy dar cuenta á nuestros lectores del éxito que ha obtenido en el coliseo de Oriente la representación de *La Africana*, obra póstuma de Meyerbeer, cuyo argumento es debido á la pluma del fecundo Scribe. En el número próximo la consagramos, con preferencia á todo, algunas reflexiones. Por hoy nos limitamos á decir que ha sido puesta en escena con un lujo inusitado.

LEANDRO A. HERRERO.

## EXPLICACION DEL FIGURIN.

### TRAJES DE NIÑOS.

**Primera figura.** Niña de cuatro años. Vestido de alpaca blanco, adornado con tres terciopelos en lo alto del jareton que le sirve de bajo. Paletot con pelerina de muleton inglés, color azul adornado con terciopelos y cascabeles. Sombrero de fieltro blanco, con un terciopelo azul alrededor de la copa, los cabos flotantes por detrás, delante una escarapela, de la cual se escapa una garzota de plumas.

**Segunda figura.** Niña de diez años. Vestido de tafetan con doble falda, la segunda de un color diferente, recortadas á ondas, las de la primera más pequeñas y guarnecidas de un encañonado, y las de la segunda rodeadas de cascabeles. Cuerpo ruso á pliegues. Cinturon con cabos flotantes. Sombrero de fieltro con pluma delante y echarpe, de tul flotando por detrás.

**Tercera figura.** Niño de seis años. Pantalón corto y chaqueta ancha de paño ligero color de ámbar, guarnecido de botones. Gorra de paño encarnado.

**Cuarta figura.** Niña de ocho años. Vestido de foulard á cuadrillos. La falda y la *vesta* están adornadas con bandas de tafetan azul, formando ondas puntiagudas, festoneadas y rodeadas de un terciopelo. Cinturon de tafetan. Toquilla de terciopelo adornada de cintas.

**Quinta figura.** Niña de diez años. Vestido de popelina rayada, sostenido por presillas que se drapean sobre una falda de muleton inglés encarnado, guarnecida de terciopelos negros. Manteleta con capuchon, igualmente encarnada con terciopelos negros.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redacción, JUAN DE MOLINA.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid; 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.  
Calle de Preciados, 74, bajo.





LA VIOLETA  
*Redaccion y Administracion*  
 Concepcion Geronima Nº13, Pral Derecha, Madrid.  
 Ayuntamiento de Madrid



